

Wilken

EN ESTE NÚMERO:



TEATRO Mirada a la Historia De Latinoamérica

«Transfusión», un espectáculo de mimodrama, es un montaje que conmociona y emociona con la belleza de las imágenes propuestas. Se expone una postura acerca de cómo llegamos a ser lo que somos. El director, Mauricio Celedón, fue discípulo de Marcel Marceau.

10

“Me atrae la melodía que hay en el silencio”

Mauricio Celedón

Desde niño se apasionó por los mimos. Hoy, a los 32 años, tiene sólido cartel en París donde es nada menos que discípulo y asistente del gran Marcel Marceau, y miembro del Theatre du Soleil.



Como buen chileno “pat'e perro” partió a Europa en busca de su destino, cuando apenas tenía 22 años. Sin embargo, a pesar de su edad, su mochila no iba desprovista de experiencia en cuanto a la meta perseguida. Tres años estudiando y actuando con los mimos de Noisvander en

el capitalino teatro Petropol, le habían servido de “precalentamiento” en el difícil arte de la pantomima.

España fue la primera pista de ese precoz aterrizaje. Su idea era revolotear unos meses y regresar, pero quedó anclado por diez años.

—Me dí cuenta de que la única forma de poder desarrollarme en lo que me apasionaba era quedándome en Europa— dice convencido.

Empezaba así una rica e intensa etapa de su vida. Supo de soledades y de penurias económicas, pero también de enormes satisfacciones, como conocer a los grandes de la pantomima mundial. Especialmente a Marcel Marceau.

Esa pequeña mochila de experiencia, con la que partió hace diez años, hoy, más parece un baúl.

Llegó hace unos meses y se despedirá nuevamente a fines de febrero. En el intertanto, mucho trabajo. Quiere transmitir y enseñar parte de su enriquecimiento profesional a quienes, en Chile, se apasionan como él por el mimodrama. Hasta montó una obra callejera “Transfusión” la que, en estos momentos, se está dando en distintas plazas de nuestra capital.

—Es una romería por las calles en la que se cuenta la historia de un hospital ambulante, que es un poco el cuerpo de América Latina. Sus enfermos sueñan la historia desde el primer hombre atravesando el paso de Behring hasta los tiempos de la Colonia. Estamos trabajando en esto alrededor de treinta personas y sé que llegamos a la gente.

Mauricio se entusiasma hablando de su pasión: el mimodrama. Y lo hace con una fuerza interior que sobrecoge. No reiterando enfáticamente, no alzando la voz ni gesticulando. Transmite esa pasión en forma casi etérea, en un hablar pausado, profundo y en una mirada intensa, pero plácida que trasunta la armonía y equilibrio del ser humano que está realizándose día a día.



Su esposa lo hará papá en mayo.

Mauricio Celedón

Su pasión se remonta a la infancia. A los 9 años hizo una pantomima sin saber que lo era; a los 10 recién vio la presentación de una; a los 16, asistió a una función de Noisvander en el Petropol y, al poco tiempo, ingresó a la academia, para luego trabajar en la compañía "junto a Jaime Schneider, Silvia Santelices, la Pachi y otros".

Chaplin, Buster Keaton, Jean Louis Barrouat, Marcel Marceau lo hicieron sentirse íntimamente ligado a este arte a través de la pantalla.

-Es que el mimo es capaz de inscribir en el espacio las emociones, tiene el alma predispuesta a la observación. Es un poco espejo imitador y creador de gestos y emociones. Me impacta la fuerza que hay en el gesto y la melodía que hay en el silencio.

-Difícil es encontrar silencio en la vida actual...

-No. Yo siento que el silencio se puede encontrar incluso en medio del mundanal ruido. Hasta en la calle, como es nuestro mimo-drama. El ruido es parte del silencio. Jodorowsky me contaba que hasta en Nueva York había encontrado ese silencio. Es cosa interior y, cuando se siente, esa concentración propia pasa al público, aunque se esté actuando entre ruidos de autos, luces y gente.

Tiene agallas Mauricio Celedón. Y no le asusta partir de cero cuando sea, ni cuantas veces sea.

-Como en España no tenía ni boca para estudiar ni dinero, me fui a la calle a hacer mimos, cosa que nunca se había hecho en Chile. Me encontré con una flautista suiza y formamos un dúo. Empecé a hacer pantomimas en el Parque del Retiro.

Haciéndole el quite a las "pellejerías" siguió buscando nuevas cosas, hasta que se le ocurrió dar clases: "Como en España no había mimos en esa

época, lo poco que yo sabía ya era bastante".

Los años estuvo en eso hasta que se dijo: "No puedes seguir en España haciendo clases cuando tengo tanto que aprender" y se fue a París.

-¿Cómo fue el encuentro con Marceau?

-Asistí a un curso abierto que él daba. Cuando nos saludamos ocurrió algo mágico pues él me preguntó si quería ir a su escuela. Allí le conté que era chileno fui alumno de Noisvander. Tres años estuve becado y luego me diplomé. Después trabajé con él y fui ayudante en su escuela.

Cuenta que en Europa está renaciendo la pantomima, especialmente en París, que hay tres escuelas internacionales y que, además, están empezando a crearse compañías.

A ese renacer de la pantomima, le busca una explicación: "Cuando se agotan las palabras, cuando el lenguaje verbal se usa demasiado, surge el mimo como alternativa en silencio para hablarle a los hombres."

-Hay gente que no entiende este arte y por eso no le gusta...

-El mimo más se vive que se entiende. El mimo puro tiene mucho de sugestión. A la gente le llega una imagen y puede abrir toda una cosa emotiva e intelectual. Cuando yo veo el vientre de

una mujer embarazada puedo pensar en el mundo. Si la imagen llega clara produce una sugestión muy fuerte no importando el paso cronológico de la obra.

La sensibilidad que trasunta Mauricio le brota hasta en sus respuestas y opiniones. Nunca dice como la mayoría "yo creo que" "yo pienso que", sino que recalca suavemente un "siento que".

-Siento que, sobre todo la juventud chilena, tiene un gran interés de expresar y que tiene un valor muy fuerte en el alma.

-Siento que este país es amante del teatro. Hemos tenido grandes maestros y actores en Chile. Es algo que está en el alma de los chilenos. Sólo faltan recursos.

-Siento que luego de vivir diez años fuera sería muy equista si no transmitiera, no entregara lo que he aprendido, no entregara esa energía de hacer cosas.

-¿La delicadez es requisito para la pantomima?

-No necesariamente. Lo que sucede es que el trabajo físico es intenso. En París trabajamos 8 horas de clase más unas 3 de creación. O sea, unas 10 a 11 horas diarias intensas. No creo que la delicadez sea algo propio del mimo para su arte.

Ampia su explicación: "Siento que el mimo es más profundo que estético. El problema por lo cual se perdió el mimo en Chile fue por buscarle una estética muy fuerte, a nivel de ilusión muy fuerte. En tratar de hacer del mimo una especie de muñeco de porcelana. El mimo es un hombre como todos -gordo, flaco, alto, viejo, joven- y que tiene ganas de comunicar en silencio."

Los anhelos por cumplir tiene Mauricio. Uno se cumple en mayo, cuando sea padre por primera vez. Su esposa, francesa, que lo acompaña en este viaje, ha debido soportar estoicamente los calores santiaguinos con su "guatita" auestas. El otro, es de corte profesional: formar una escuela de mimos, en Francia con Marceau, y, aquí en Chile también.

Futurista: "Tengo 32 años y estoy feliz con lo que he hecho hasta ahora, pero seguiré luchando por ver cumplidos todos mis anhelos".

Lucía Zamora

“
Siento que
luego de vivir
diez años fue-
ra, sería muy
egoísta si no
transmitiera lo
que he aprendi-
do.”